

Respuesta a Joan Fuster. «Contestar no és ofendre»

RESUM: Argumentació sobre la poca pertinència del terme «neonoucentisme».

PARAULES CLAU: Història de la literatura, Modernisme, Noucentisme, Joan Fuster, neonoucentisme.

ABSTRACT: Attempts to show the lack of relevance of the term «Neonoucentisme».

KEYWORDS: Literary history, «Modernisme», «Noucentisme», Joan Fuster, «Neonoucentisme».

Soy de los que aún leen con interés todo lo que aparece firmado por Joan Fuster. Es insidioso, no obstante, hallar a cada paso, en sus escritos, paradojas, salidas de tono y ataques personales. Digo esto, por las referencias insultantes que reiteradamente dedica a los que trabajamos en historia de la literatura catalana y nos hemos formado en el magisterio de Joaquim Molas. En «Recuerdos para don Eugenio» (*La Vanguardia*, 19-X-79), un artículo bien interesante, por cierto, encontramos que se le escapa algún que otro «estirabot» cuando se refiere a nuestra no aceptación del término «neonoucentisme», por él encuñado. Escribe:

Admito que el término no resulta precisamente brillante, pero ¿qué alternativa había? La del “neonoucentisme”, según me cuentan, ha provocado las iras bobas de tres o cuatro penenes de la Autónoma de Barcelona: son bobas porque ellos son bobos.

Ante estos argumentos, uno no sabe si sonreír o enfadarse. En principio, por el hecho de ser yo quien explica *Literatura Catalana I* en Bellaterra, debo creer que soy los «tres o cuatro penenes bobos» a que se refiere. Tomo el insulto por lo de «bobos», no por lo de «tres o cuatro» ni por lo de «penenes» (el análisis del contenido peyorativo de esta frase nos llevaría muy lejos). Tengo por costumbre, cada principio de curso, dedicar un comentario crítico a la bibliografía de la materia y,

naturalmente, a la *Literatura catalana contemporània*, de Joan Fuster. Parece ser que estos comentarios le preocupan, ya que algún correveidile «se los cuenta». No importa. Las clases son abiertas y puedo asegurar que todo lo que digo, lo digo con absoluta libertad, plena responsabilidad y, cosa que él no hace, con argumentos. Nada, pues, de «iras bobas de tres o cuatro penenes». La ira es contraria a toda actitud crítica.

En el último comentario que hice de su libro, dentro de un contexto en el cual recomendaba a los estudiantes una actitud crítica frente a «toda» la bibliografía, señalé que la suya es la única historia de la literatura catalana contemporánea de nivel universitario y destacué lo que contiene de aproximación aguda y original a los problemas de la literatura catalana del siglo XX. Señalé, también, dos puntos generales de divergencia: sus opiniones sobre el Modernisme y el uso del término «neonoucentisme», hoy generalizado en manuales de divulgación y con el que, a mi parecer, se desvirtúa el panorama literario del período 1925-1936. Sobre el primer punto, recomendé contrastar la lectura del libro con la reseña –inteligente, razonada, *respetuosa*– que le dedicó Marfany en el primer número de *Els Marges* («el tebeo d'en Molas», según Fuster). Sobre el segundo punto hice una sucinta explicación, avanzando lo que analizaremos más detalladamente durante el curso.

Puede ver Joan Fuster que no tengo ningún inconveniente en hacer públicas y por escrito las explicaciones que doy en clase. Que no existe ninguna especie de ira y que argumento las afirmaciones. Pasemos, pues, a los argumentos.

Joan Fuster sabe que en la formación de cualquier movimiento literario-cultural, a la manera del Modernisme y Noucentisme en Cataluña, juegan un papel fundamental las relaciones que se establecen entre el escritor y el público. Modernisme i Noucentisme lucharon para lograr la nacionalización de la cultura catalana y, con ella, la estabilidad profesional del escritor, condición *sine qua non* para la modernidad literaria (o, si se quiere, para la competencia internacional de los productos literarios catalanes). El Noucentisme, sin embargo, se diferenció, en este aspecto, radicalmente, de las vías iniciadas por el Modernisme. Al contar con el poder político de un partido, los noucentistes pudieron prescindir de la captación de un público y concentrar sus intereses en la producción literaria pura, ya que la función digamos «social» quedaba cubierta por la política educativa y catalanizadora llevada a cabo por un «estado» (desde el poder: el limitado y bien aprovechado poder de la Mancomunitat). Así, libres de las sujeciones al público del pobre mercado catalán del momento, pudieron realizar, ya entonces, una literatura «europea», bien hecha, portadora de los ideales de la «Catalunya-Ciutat». El mismo Fuster considera «presentables en la República de las letras universales» a Carner, Guerau de Liost, Riba, Foix, etc. Esto se produjo gracias a la política: los noucentistes no viven *de* la pluma, sino del trabajo, cultural o no, que les proporciona su adhesión a una función política (burocrática, dirían los modernistas). Y, naturalmente, sólo los adheri-

dos cabían. De ahí —no quiero simplificar: también por otras causas—, la marginación de tantos modernistas.

Sin embargo, esta situación entra en crisis después de la Asamblea de Parlamentarios y de la muerte de Prat de la Riba. La creación de la Editorial Catalana responde ya a la búsqueda de nuevas vías de relación con el público. Y también, claro está, la repentina voluntad de escribir novela (Carner olvida sus viejas diatribas contra el género). Pero fracasan. El público que buscaban era el de *La Veu de Catalunya*, y la novela, paradigma de la relación «industrial» con él, no era posible sobre las bases estéticas por ellos creadas. Pero el país sigue su curso y la acción educativa de la Mancomunitat da sus frutos entre las capas medias y bajas, al tiempo que aparece un nuevo público potencial entre la burguesía que se ha enriquecido durante la primera Guerra Mundial. Esto coincide, no casualmente, con la pérdida de la imagen de «partido nacional» que había dado la Lliga hasta entonces. Los intelectuales rompen, por las buenas o por las malas, con el partido y, sin el poder como aliado (con la dictadura desaparece la Mancomunitat), les queda únicamente un cambio de supervivencia: la vuelta al «público». Por ello tiene tanta importancia el debate sobre la novela que ha analizado Alan Yates (aunque él, buen inglés, no sepa qué es un «procurador de tribunales»). El debate no trató problemas técnicos o estéticos relativos a la novela (Alexandre Plana no cuenta: piensa en términos de la vieja escuela), sino del género en tanto que forma de relación entre escritor y público. Se debatía, en último término, el problema de la profesionalización basada en la ley de la oferta y de la demanda. Por esto la polémica se convierte en una campaña anti-noucentista. Así lo plantea, entre tantos otros, Carles Pi i Suñer en «Amb motiu d'una novel·la» y es sintomático, también, en este sentido, el miedo de Riba, no a que reaparezca la novela, sino a que su aparición implique rebajar los planteamientos humanísticos creados «durante y por» el Noucentisme y que son la base de toda cultura europea (es el miedo a la folchitorización de la literatura catalana). Guansé, por su parte, protesta afirmando que el público que lee novelas es el «més nombrós i més distingit». No confundamos, pues. El debate sobre la novela, en su diversidad, tiene un único trasfondo: la búsqueda del público.

A partir de 1925, el escritor, con todos los problemas de una cultura minoritaria y sin estado, vive profesionalmente del mismo modo que cualquier otro escritor europeo y no necesita ningún movimiento conjunto que luche por la «nacionalización» ni por la «modernización» de la cultura, ya que vive y escribe en una cultura nacional y moderna. Esta es la alternativa al «neonoucentisme», la que Fuster no acepta. La dinámica interna de la cultura durante aquel período permite que Puig i Ferrer y Bertrana escriban al lado de Miquel Llor y Carles Soldevila, y estos al lado de Nin y Miravittles, y que todos ellos produzcan unos escritores tan europeos como Espriu y Calders. La literatura catalana es ya una literatura «normal», con tendencias y divergencias, con grupos y corrientes literarias, y con las contradicciones

de cualquier otra. ¿Dónde ve Fuster la consciencia del movimiento «neonoucentista»? ¿Dónde están las propuestas culturales y literarias de este grupo? Esto, claro está, no niega la influencia, no siempre reconocida, de Ors sobre muchos escritores. Pero la influencia de un autor, por fuerte y extensa que sea, no es nunca un movimiento literario-cultural.

El Noucentisme fue la última etapa en la creación de la cultura nacional iniciada como tal por el Modernisme (no por la Renaixença). En este sentido, todos somos hijos suyos. Ors supo traducir las aspiraciones de un determinado sector de nuestra sociedad. Y supo hacerlo magistralmente. Pero no olvidemos que él no creó este sector, sino que se adaptó a él (y con dificultades). Todos somos hijos de Ors, pero también de Prat de la Riba, de Pompeu Fabra, de Carner..., que pusieron las bases político-culturales de la Cataluña contemporánea. Y también, aunque lo niegue Joan Fuster y los trate de ilegibles y pésimos escritores, de Jaume Brossa, Rusiñol, Alomar, Bertrana y Víctor Català. Sin ellos, que lucharon por primera vez en Cataluña por una cultura nacional y moderna, no existiría ni Ors, ni Joan Fuster, ni literatura catalana en 1979.